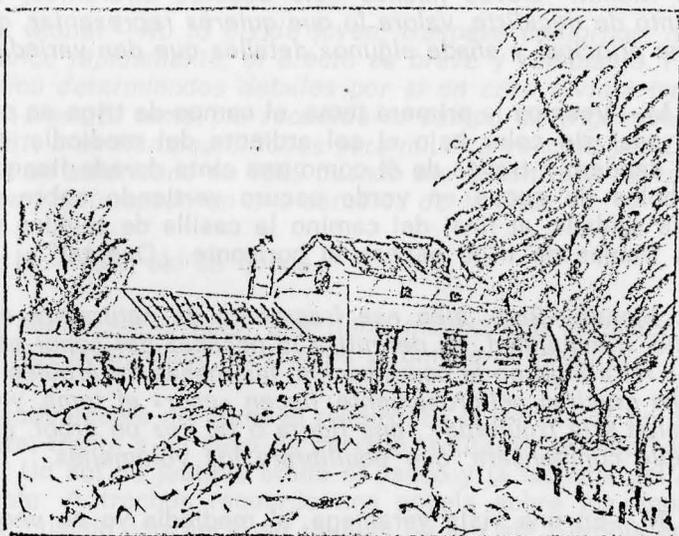


MONET, UNA CLASE



Del 29 de abril al 30 de junio, el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid ha presentado una exposición antológica (124 obras de muy diversa procedencia), representativa de las diversas etapas de la vida del pintor Claude Monet, máximo representante de la escuela Impresionista. Estas obras centenarias poseen, pese a ello, una frescura y una actualidad notables que en ningún modo os voy a descubrir.

Durante el período de exposición, ocho veces las visité y siempre hallé nuevos motivos para volver a visitarlas, amén de que la casi ausencia de obras impresionistas en nuestro país la hacía doblemente atractiva.

La contemplación de las obras era como un reclamo a mi conciencia artística dormida, me animé a cumplir un compromiso adquirido recientemente. Julio, con sus días de vacaciones, podía ser la fecha más indicada para retomar los pinceles y pintar al aire libre tal como lo hiciera en su tiempo el maestro Monet. Un cuadro de la exposición y las siguientes palabras de Marcel Proust me ayudaron en la elección del tema:

La vasta extensión donde estallan los trigos y se rizan las nubes y una sola amapola, que izaba en lo alto de sus jarcias y entregaba al azote del viento su llama roja, por encima de su boya negra y grasa, me aceleraba el latir del corazón, como al viajero que al ver en un terreno bajo la primera barca varada que está arreglando un calafate, grita: ¡El mar!, antes de ver el agua.

Esa traspicición del campo de trigo por el mar siempre me ha atraído al contemplar nuestro entorno. ¡Ya está! provisto de papel y lápiz, deambulé por el campo en busca de algún tema apropiado. Sobre mi figura de aficionado pesaba la inquietante e impalpable presencia del pintor, su técnica y su maestría mantenían con mi mente un diálogo permanente.

A.M.—Aquí tenemos un campo de trigo recién segado, unos